



www.loqueleo.es

© Del texto: 2025, Arantxa Comes

© De esta edición:

2026, Sanoma Educación, S. L. U.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S.L.U., licenciada a Sanoma Educación, S. L. U.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-84-9122-638-3

Depósito legal: M-93-2026

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: marzo de 2026



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Más
allá del
recuerdo

loqueleg

Domingo, 18 de mayo de 1997

5

Es raro escribirle una carta a un muerto.

No te envié ninguna en vida, ¿recuerdas? Te parecía más probable que mis cartas se extraviaran a medio camino del Amazonas o en el ajetreo de Shanghái que llegar a recibirlas. La sola posibilidad te ponía triste y yo te hice caso. Pero ahora que sí es totalmente imposible que recibas esta porque te has marchado a un lugar donde los vivos no podemos ir, te escribo.

Debería haberte desobedecido mucho antes.

Debería haber sido más valiente. Más como tú y, a la vez, no tanto, porque ¿te acuerdas cuando me prometiste que nada te detendría jamás? Supongo que nadie es invencible y que todos mentimos al final. Tú lo hiciste, y a lo grande, la misma noche en que algo por fin te detuvo.

Para siempre.

Ya han pasado seis meses desde que el accidente de coche te hizo romper tu promesa, y he intentado muchas cosas para olvidarlo. Para olvidar los momentos malos y quedarme con los buenos. Ya, ya me han contado que la vida no funciona así y menudo asco, porque tampoco me dejaste ninguna pista de

cómo sobrevivir a tu ausencia. De cómo sobrevivir a lo que me ocurre ahora.

Ahora soy una chica sin rostro. Y creo que, si sigo así, también acabaré perdiendo el corazón.

Esa es la razón por la que estoy escribiéndote esta carta, aunque no me va a servir solo con eso: voy a enviártela. No a ese lugar donde los vivos tenemos prohibido ir, sino a uno de los muchos rincones del mundo que capturaste con cientos de fotografías. Como debí hacer en su momento.

6 *No importa si no puedes leerla. Esta vez lo haré bien por muy tarde que sea.*

Quizás, no sé, averigües la forma mágica de regresar con nosotras, papá.

Nerea

Mi padre está muerto. Hace tres meses que me atrevo a pensarlo y, después de seis meses, por fin, me he atrevido a escribirlo. No sé si seré capaz de decirlo en alto algún día. Al menos, he dado un paso. No confiaba en ello porque ¿cómo vas a deshacerte del dolor haciendo algo que duele? Pues ha funcionado: ahora pesa un miligramo menos. Es como si una parte se hubiese quedado atrapada en mis palabras.

Ya que me ha costado media libreta y algunas verdades muy duras, espero que dure.

A todo esto, mi letra es horrible. Minúscula y apretujada. Y debería haber usado una guía porque las líneas están torcidas. El objetivo era redactar un mensaje, no

crear un rompecabezas imposible de resolver. Por suerte (o no), esto de la carta no va de que mi padre la reciba milagrosamente y la lea, sino de desahogarme.

Con que lo pille yo, basta.

Y lo pilló, ¿no? Creo que sí.

La idea se le ocurrió a Teo, y no voy a mentir: al principio, me pareció una locura. Estoy mal, pero no tan mal como para escribirle cartas a un muerto y, de paso, enviarlas a los lugares donde dicho muerto estuvo y ya no podrá volver jamás.

—Será simbólico. Como una forma de honrar la memoria de tu padre —insistió mi mejor amigo.

Aún pienso que eso de honrar la memoria y blablablá se lo sacó de alguna peli. O es un dramático. Supongo que es algo imprescindible en los músicos como él. Si no, ¿cómo consigue hacerme llorar con solo cantar dos versos? En fin, que me dejé llevar porque, además, a mi neuróloga le encantó el propósito: «Es una buena manera de expresar tus sentimientos, Nerea. Lo necesitas. Tómallo como un ejercicio».

Y me gusta mucho hacer los deberes, ella lo sabe demasiado bien, pero no esperaba que la muerte me los pusiera con la clarísima intención de que cateé. Y como no quiero repetir curso en la vida y sí deshacerme del dolor, aunque duela, aquí estoy, cumpliendo mi palabra de intentarlo.

Doblo el folio en tres y lo meto dentro de un sobre. Ambos son de color crema, y la solapa se oscurece un poquito cuando la lamo. Sabor a pegamento, ¡puaj!, mi

favorito. Adhiero la parte trasera. Apunto mi remite. Después, vuelvo a consultar la dirección del destinatario en *Hoy Mundo*, la revista de divulgación para la que mi padre trabajaba como reportero fotográfico.

Mayo Benavides
Calle del Mar, 2, bajo
Taller SurfLab
33405 Salinas (Castrillón, Asturias)

8

No, Mayo no es mi padre, pero sí una de las protagonistas de aquel reportaje que realizó en 1994 sobre la costa asturiana y sus surfistas. Ya lo he dicho, ¿no? Esta vez voy a hacerlo bien, aunque sea tarde.

Esta carta nunca le llegará a mi padre y, aun así, *le llegará*.

Ojalá Mayo Benavides no alucine mucho cuando la reciba. Si es que sigue trabajando allí. De hecho, tampoco sé si recordará a un hombre llamado Martín Vall que hace casi tres años fotografió su modo de vida. Da igual. Una vez más, no es lo que pretendo.

Solo que, sea como sea, llegue a su destino.

Observo una última vez las fotos del reportaje de mi padre: las olas salvajes, la arena brillando como purpurina con las primeras luces del sol, las manos bronceadas de Mayo pasando una lija por unas planchas de madera, una pulsera de hilos azules muy desgastada en su muñeca, una fila de tablas de surf perfectamente restauradas en su humilde pero chulísimo taller... Son preciosas

y puedo valorarlas sin problemas porque no sale ni una sola cara.

Me levanto de la silla y le echo un vistazo al reloj colgado en la pared: las dos del mediodía. ¿Ya? Guau, escribir esta carta me ha costado toda la mañana. Ni un sistema de ecuaciones exponenciales me lo pone tan difícil. Además, el suelo de mi habitación se ha convertido en un océano de bolas de papel. Hojas y hojas arrugadas a medio empezar, a medio acabar, llenas de tachones, llenas de nada.

Las recojo y las tiro a la papelera con la esperanza de que ninguna se me haya escapado. No estoy muy a favor de perder el tiempo en ordenar mis cosas, así que cruzo los dedos para que mi madre no descubra ninguna bolita escondida a traición bajo la cama.

En la pared más vacía, pego una de las fotos que mi padre le sacó a la playa de Salinas al atardecer durante aquel viaje. Ahí en medio, sin nada más alrededor, parece que el mar infinito acabará desbordándose e inundando mi cuarto. Es como una pequeña ventana al mundo. Ese que mi padre recorrió con ganas de no dejarse ni un solo rincón por visitar.

No ha sido fácil entrar en su despacho, abrir sus archivadores y rebuscar entre sus documentos, publicaciones, negativos y revelados. Todavía noto un pinchacito entre las costillas, como si fuese flato, pero un flato asesino, capaz de utilizar una navaja de doble filo para ensañarse.

Salgo de mi habitación con el sobre en la mano y el aroma a la salsa secreta de mi madre me envuelve

enseguida. Inspiro hondo y el estómago me ruge. «Mensaje recibido», pienso, bajando las escaleras al trote y esperando que mis calcetines de lana (mi abuela me teje un par cada año) no conspiren contra mí y me hagan resbalar sobre el viejo parqué.

Aun así, me la juego en los últimos peldaños: salto. A veces siento que la gravedad me sostiene tres segundos en el aire, como si me diera la oportunidad de echar a volar. Uno, dos, tres. Pero aterrizo frente a la puerta abierta de la cocina. Sin problemas, pero sin alas.

10

—*Bon dia!* —digo sonriendo. O me esfuerzo por sonreír. Desde el accidente, hay muchas cosas que ya no distingo, como mis sonrisas de verdad o... a mi propia madre.

—*Bon dia* era cuando te he llamado para desayunar hace quinientas horas.

La reconozco con la vista, pero no igual que cualquier otra persona vidente. Lo hago a cachitos. Por su espesa melena rubia y sus uñas pintadas (hoy) de verde. También por lógica: en esta casa solo estamos nosotras dos, así que no puedo confundir a mi madre con otra mujer rubia cuyas uñas parecen diminutas rodajas de kiwi.

Mi trastorno es... una faena. La condición que hace seis meses me puso la muerte para seguir viviendo. Pero no me apetece pensar en esto ahora (ni nunca). Prefiero bromear, es más divertido que haber perdido la habilidad de distinguir caras:

—¿Seguro que no eran quinientas una?

—Ah, ¿te refieres a las horas que puedes pasarte castigada? Dalo por hecho. ¿Probamos, o repentinamente

acabas de recordar que esta casa tiene unas normas y a tus quince años ya deberías poder recitarlas hasta del revés?

Le saco la lengua y mi madre intenta imponerse cruzándose de brazos. Bueno, más bien, intenta reprimir una carcajada, pero es imposible competir contra una lengua sacada en el momento clave. Ella, por fin, se ríe. Y yo, por fin, también lo hago sin sentirme mal por ello.

Solo entonces, cuando parece que nos hemos quitado de encima meses y meses de tristeza, me pregunta:

11

—¿Esa es la carta?

—Sí.

—¿Te sirvió entrar en el despacho de papá? —Asiento—. ¿Y a qué lugar vas a enviarla?

—Vas a enviarla —repito, dándole a entender que lo hará ella porque yo nunca me alejo de casa más de lo estrictamente necesario. Para ir al colegio y para ir a casa de Teo. Fin—. A Salinas. Está en Asturias.

—Pensaba que te decidirías por algo más... ¿aventurero?

—Mamá, las olas allí pueden llegar a medir casi dos metros —la informo por si le parece que dos metros de mar a puntito de tragarte es tan inofensivo como pasear por el pueblo.

—Sabes a lo que me refiero.

—¿Seguro? —bromeo, pero ella ya no cede. Encojo un hombro—. Quiero que llegue al lugar exacto donde estuvo papá, y es más viable si escojo un destino cercano a Valencia. No me valdría con que se la quedase, yo qué sé,

el servicio postal de Madagascar. Necesitaría que llegara a Nosy Boraha, donde fotografió aquel cementerio de piratas. Y él tenía razón: es demasiado fácil que la carta se extravíe en el camino. Además, en el reportaje de Asturias sale la dirección del taller de tablas de surf y hasta el nombre de la propietaria.

—Vale, vale. Lo entiendo. Déjala sobre el aparador y mañana mismo la llevo a Correos, ¿de acuerdo?

—Gracias, mamá.

12

Y espero que note lo mucho que se lo agradezco porque, al contrario que Teo y mi neuróloga, mi madre simplemente aceptó lo que iba a hacer. No opinó, no me preguntó si ella también podía escribir algo, solo me apoyó con una sonrisa cansada.

A veces mi propio dolor es de un rojo tan saturado que no me deja ver el del resto, pero sé que ella tampoco es capaz de recordar a mi padre sin sentir que va a perder el corazón.

—Por cierto —me dice—, ¿Teo no debería estar ya aquí?

—¿Por?

—¿Qué día es hoy, mi queridísima hija?

—Y heredera.

—No estés tan segura. Aún estoy a tiempo de adoptar un gato, llamarlo Neregat y legarle todo mi patrimonio...

—¡Hoy es domingo! —la interrumpo al caer en la cuenta de repente—. Ya debería estar aquí, sí. ¿Y si se lo ha tragado el váter?

—O la nevera. Ese niño come igual que una lima.

—Voy a llamarlo.

—¡Anda, va! Menudo par de despistados estáis hechos.

Es una verdad a medias porque, sí, despistados somos, pero Teo solo se distrae cuando se aburre y yo solo me distraigo aquí. En mi refugio, donde puedo existir sin estar alerta, sin volverme invisible, sin fingir que las reglas del mundo están escritas para todos por igual.

Rodeo la isla de la cocina y cojo el teléfono con forma de hamburguesa junto a los fogones en los que están cocinándose los espaguetis y reposando la salsa secreta. Me meto la carta en la cinturilla de los vaqueros para poder teclear el número de la casa de mi mejor amigo. Lo hago de memoria, casi sin mirar, y atiendo a los pitidos balanceándome sobre las puntas de mis pies con impaciencia.

Piiii. Hacia delante.

Piiii. Hacia atrás.

Piiii...

—¿Quién?

—Teodoro, ¿estás vivo? —me echo a reír al escuchar su respiración entrecortada—. No me digas que tu abuela te ha invitado a su paseo matutino con sus amigas y te han vuelto a dar una paliza.

—Solo te burlas porque nunca te has atrevido a venir.

—Aprecio mucho la integridad de mis pulmones. Es una manía.

—¿Como la de tener mal perder? Porque siempre ganan, tía, no sabes qué zancadas pegan con esos huesos de dinosaurio que tienen.

—Y no es un insulto —afirmo.

—¿Acaso tú te enfrentarías a un *T. Rex*?

—Para empezar, no me enfrentaría a tu abuela ni aun con la seguridad de que no comparte ADN con el depredador más peligroso del Cretácico. Venga, don Excusas, vente a comer de una vez.

—¿Don Excusas? Acababa de salir, pero he tenido que entrar corriendo en casa porque alguien estaba llamando al teléfono. ¿No será que tú te has olvidado?

14 —¡No tardes!

Y cuelgo mientras me entra otro ataque de risa. Sienta bien. Sienta a antes del accidente. Sienta a mentira, un poquito, lo justo para mantenerme a flote. Y yo me agarro a ese salvavidas porque prefiero engañarme a hundirme otra vez.

Teo me lo insinúa a veces y tiene más razón de la que cree: hay cosas a las que no me atrevo por protegerme.

Tal vez demasiado.

—¿Habéis llamado «dinosaurio» a la señora Sagrario? —se indigna mi madre, aunque las comisuras de la boca le tironean porque, sin duda alguna, le hace gracia.

—*Jurassic Park* es un películón. —Levanto las manos cuando ella me apunta con la cuchara de madera—. ¿Dónde me has dicho que deje la carta?

—¿En serio? —Pone los ojos en blanco antes de señalar la puerta con su arma especial para remover salsas secretas y amenazar con dejarme sin espaguetis por asociar a una señora muy respetada en el barrio con un animal prehistórico—. En el aparador, Petirrojo.

Petirrojo. Me pusieron ese mote al nacer porque tengo el pelo del mismo color que las plumas de esos pájaros: naranja. Mi padre siempre me llamaba así con una sonrisa brillante. No sé si seguiría haciéndolo, teniendo en cuenta que ahora mismo lo único que me une a los petirrojos es la apariencia.

—¿Sabes que son seres muy curiosos, sociables y atrevidos? —me contó en una de esas visitas a casa que no se alargaban más de una semana—. Como tú.

No, como yo ya no. ¿Antes del 18 de noviembre? Puede. El mundo me daba curiosidad, no vértigo. Las personas me parecían interesantes, no peligrosas. Y yo me sentía capaz de todo, no cobarde.

—¿Nerea? —me llama mi madre.

—Sí, sí —contesto automáticamente para salir de la espiral dolorosa en la que estaba perdiéndome otra vez.

Subo a mi habitación en busca de la carta. ¿Dónde la he metido? Miro sobre mi escritorio, en la papelería, debajo de la cama. Nada..., hasta que me llevo las manos a la cadera y algo cruje bajo mi enorme jersey granate. Ah, en la cocina, cuando he llamado a Teo, ahí la he guardado. Me la saco del pantalón y suspiro de alivio.

Vuelvo a la planta inferior bajando las escaleras a toda prisa. Esta vez sí que me resbalo a mitad de carrera y debo agarrarme fuertemente a la barandilla. Por los pelos y por suerte. Suerte también que no he arrugado el sobre. Preferiría haberme metido el tortazo que estropearlo. Ya abajo, sana y salva, lo coloco sobre el mueble del recibidor, al que ya le hace falta una manita de pintura blanca.

Entonces escucho el característico zumbido de una emisora sintonizándose. Y, dos segundos después, música. Una canción que casi acaba, pero que mi madre berrea junto a Nek:

—«¡Y si te como a besos sabrás lo mucho que me duele este dolor!».

De un salto, me planto de nuevo en la puerta abierta de la cocina y continúo cantando, llevándome un puño a la boca como si sujetase un micro:

16 —«¡No encontraré en tu abrazo el sabor de los sueños que Laura me robó!».

Me lanza un cucharón, lo atrapo al vuelo y juntas terminamos este temazo que ha estado sonando sin parar en la radio durante tres meses. Rematamos nuestra actuación alargando las notas finales y luego me dejo caer sobre una de las banquetas de la isla.

La siguiente canción trata sobre un hogar donde no queme el sol, y mi madre la canturrea a solas mientras le da los últimos toques a la comida.

Sobre la encimera hay una revista abierta por la mitad y me entretengo hojeándola. Apenas me detengo en las fotografías y sí en leer algún artículo. Es lo único que puedo disfrutar sin que mi *ceguera* se meta de por medio y me recuerde (como si pudiese olvidarlo) que, para mí, las caras no funcionan como deberían. No las reconozco. No se me quedan grabadas. Da igual cuánto me concentre en las imágenes. Veo ropa, veo poses, pero los rostros son un puzle inacabado. Un reflejo roto del que jamás podré juntar todas las piezas.

Máscaras.

Repaso las siluetas con los dedos, aunque no sirve de nada, y un fogonazo de frustración me arrasa. Odio estos arranques de ira. No los puedo controlar, pero ellos sí pueden controlarme a mí. No quiero estar enfadada todo el día. Quiero que lo bueno sea más fuerte que lo malo: el rico aroma de la salsa secreta, el eco de las carcajadas de Teo, el tarareo alegre de mi madre, la carta a mi padre.

Mi padre.

Lo recuerdo. No del todo, pero lo hago. La barba pelirroja y frondosa como un bosque en otoño, los tres lunares que formaban un triángulo en su mano derecha, el modo tan único que tenía de sonreír. Pese a mi trastorno, estoy convencida de que lo reconocería enseguida, porque son tres características que nadie más de mi alrededor tiene. Así que no dudaría de que es él, aunque reviviera sin cara.

Empieza a picarme la piel, los ojos, las emociones. Me recojo el pelo en dos trenzas deshechas porque, como casi siempre, hoy tampoco me he peinado. Y es que, si hay algo más doloroso que mirar a alguien a la cara y no reconocerlo, es mirarse a la cara y no reconocerse. No puedo asomarme a ningún espejo porque, cuando lo hago, ya no sé cómo soy.

Quién soy.

El dolor se enrosca entre mis costillas. No, lo de antes no era flato, era esa sensación que debería haberse quedado atrapada en la carta. Me llevo las manos a la cara. Inspiro hondo y exhalo en silencio. Poco a poco, y al igual

que he hecho con las fotos de la revista, me repaso con las yemas de los dedos: las cejas gruesas, los ojos grandes, las mejillas redondas, mis labios cortados por el frío que ya empieza a irse de Valdebruma.

Sin duda, existo. Aquí está mi cuerpo, por mucho que cuando me mire en el espejo solo vea una máscara.

El timbre resuena por toda la casa y me recompongo a tiempo de que mi madre no me pille. Me niego a estropearle este domingo. Con un «¡ya voy!», me levanto, salgo al recibidor y abro la puerta. Es Teo. Lo sé por ese flequillo desordenado y castaño que siempre le oculta parte de la mirada y que ahora está todavía más revuelto por la brisa ligera de la primavera.

—Has tardado.

—Solo han pasado cinco minutos, Nerea.

—Cuando pasas a por mí tardas diez. ¿Quieres más a los espaguetis de mi madre que a mí!

—Eso no es verdad —murmura. Le miro la boca. Sin segundas, ¿eh? Es solo para ver primero lo sería que está y para ver justo después cómo se ensancha traviesa al añadir—: Tardo quince minutos en recogerte porque la única tardona aquí eres tú y siempre me toca esperarte.

Durante un instante muy muy fugaz, me ofende que Teo no me haya aclarado que me quiere más a mí que a unos espaguetis (deliciosos, insisto, pero ¡unos espaguetis al fin y al cabo!). No solo es de lo más infantil. Es, sobre todo, absurdo, porque Teo es mi mejor amigo y los mejores amigos no entienden la palabra «querer» de forma romántica.

Aunque se supone que los mejores amigos también se lo cuentan todo, y yo llevo meses sin ser sincera con él.

—¡Nerea, Teo, pasad ya, que os vais a congelar! —nos grita mi madre desde la cocina.

—No vivimos en el Polo Norte, mamá.

—Pues yo un polo sí que me comería de postre —comenta Teo, entrando como si estuviese en su casa (porque lo está).

Y quizás a mi madre le encante exagerar, pero me entra un escalofrío. No es que, en efecto, vivamos en la edad de hielo, pero nuestro pueblo es de interior y cumple a rajatabla con el *fins el setanta d'abril, al cos ni le llesves un fil* así que el viento aún sopla algo fresquito.

Engullimos los espaguetis como si fuese nuestra última comida y, después de repetir, mojar con pan hasta la última gota de salsa secreta y recoger la mesa entre los tres, Teo escarba en el congelador y encuentra un *flash* de fresa que...

—Debe llevar ahí desde el verano pasado. ¿Estás seguro? —lo aviso con una mueca.

—Si de pequeño me comía hasta los mocos, esto no puede ser peor.

—Puaj y más puaj.

—¿Eso es castellano o delfín? Ahora entiendo por qué sacaste un impresionante cinco pelado en el control de Lengua.

—Fue porque no me dio tiempo a estudiar. —Y es verdad, aunque la verdad también implique un maratón del James Bond de Sean Connery con dos kilos de helado

que luego me tuvo abrazada al váter unas cuatro horas. Y de madrugada.

—Claro, claro —ríe Teo. El muy bruto se lleva el envoltorio a los dientes y arranca el extremo de un tirón—. Está...

—¿Durísimo? ¿Asqueroso?

—Y delicioso. Todo a la vez —contesta con el polo ya metido en la boca y una sonrisa que me atrae como no debería hacerlo.

20 Suelto un bufido que tiene un poquito de carcajada incrédula. Teodoro Dolz heredó el nombre de su abuelo, pero eso de que sea un caso perdido es algo totalmente suyo. Y en el mejor de los sentidos. Por desgracia, no creo que yo sea un caso perdido en el mejor de los sentidos.

Más bien del tipo que nadie quiere encontrar.

Subimos a mi habitación, y Teo tarda una milésima de segundo en quitarse las Converse a pisotones y echarse sobre mi cama sin importarle deshacerla (más todavía). Se lleva los brazos tras la cabeza y me alza las cejas. Sé lo que espera y yo ya no puedo retrasarlo más, así que me siento en el borde del colchón con un suspiro y confieso:

—He escrito la carta.

—¿Y?

—He sobrevivido.

—Desde luego —dice con seguridad, como si no hubiese dudado de mí en ningún momento, para luego bromear—: Serías incapaz de palmarla y dejarme solo en este peñazo de pueblo.

—Muy incapaz —contesto con el mismo tonito bur-lón y a él se le escapa una risita que le ilumina los ojos.

—Me alegro, tía. —Suaviza la voz, como cuando canta canciones lentas—. He visto el sobre en la entrada. ¿Asturias al final?

—Nuestro plan de que llegue perfectamente a su destino sigue en pie.

—Tu plan. Yo solo te di la idea.

—Sea como sea, ya está.

Solo que no es así. No le cuento lo que me ha costado escribirla, lo poco que he expresado para lo mucho que siento, la pizca de dolor que se ha llevado y las toneladas que aún quedan dentro de mí. Y es que, al igual que antes con mi madre, no quiero arruinarle el día. Ya he arruinado meses y meses con mi tristeza, mi ira, mi dolor.

Puedo fingir que estoy bien hasta estar bien. Por él, por mi madre y... ¿por mí?

Me acucillo frente a la estantería donde tengo todos mis VHS sin un orden concreto. Ya es tradición: cada domingo, después de comer, vemos una peli. Es la mejor manera de pasar la digestión siempre y cuando no elijamos una de terror que acabe con Teo avisando de que va a echar hasta las tripas.

—¿*La Roca*?

—¿Otra vez? —suelta él, agotado.

—¿Otra vez? —repito yo, indignada.

—No empieces...

—*La Roca* se convertirá en un clásico del cine. Esta cinta —la saco del estante y la sacudo frente a las narices

de mi mejor amigo para que le quede bien clarito— se la rifarán por millones. ¿No quieres hacerte rico, Teodoro? Tus dudas están haciendo llorar a Sean Connery.

—¿Por no querer hacerme rico a su costa?

—¡Por no querer ver uno de sus papeles estrella en bucle!

—¿Y... está llorando ahora mismo?

—A lágrima viva. Eres cruel.

22

Rápidamente, echo mano del cojín con forma de margarita que hay junto a la cabeza de Teo y lo golpeo varias veces antes de que él pueda contraatacar con toda su energía. Porque acaba haciéndolo, y además con el almohadón, que es el doble de grande. Nos enzarzamos en una pelea que termina con la derrota de los dos tirados sobre el colchón y la victoria de nuestras carcajadas.

—Venga, *La Roca* —cede, apartándose el flequillo hacia atrás con una mano y descubriendo sus ojos verdes, aunque solo los diferencio de otros del mismo color por esa manchita marrón que tiene en el derecho.

—¿Prefieres que busque una peli de asesinatos? —Giro la cara para mirarlo.

—¿En la tele? —Algunos mechones le vuelven a los ojos.

—Hombre, según mi madre vivimos en el Polo Norte, así que está complicado, pero puedo intentarlo.

—Mejor no. Ver contigo cualquier *thriller* es como leer la última página de un libro. Siempre lo averiguas todo enseguida.

—Lista se nace.

—Y creída también.

No inicio otra guerra de almohadas porque, sí, se me da bien resolver acertijos. Antes de que tuviera que fijarme en los detalles, y ahora que debo fijarme en ellos si pretendo reconocer a la persona que tengo delante. He aprendido a buscar pistas: la ropa, el peinado, el timbre de voz, la manera de moverse... Suelo acertar, aunque a veces finjo que sé quién es alguien hasta deducirlo de verdad.

23

A veces fallo.

Pero las pequeñas cosas son especiales. Son las que nos hacen destacar aunque parezca que nunca lo hacen. Son las chispas que nos encienden como el fuego de las estrellas.

—¿En qué piensas? —me susurra, también ladeando la cabeza para poder mirarme.

En que... ¿él verá en mí esas chispas que nos hacen brillar por completo? Porque yo sí veo las tuyas. Sus mechones rebeldes sobre mi colcha de florecitas, esa manchita marrón rompiendo el verde de su iris derecho, ese asomo de sonrisa revoltosa. También lo mucho que le ha gustado el *flash* de fresa en sus comisuras manchadas de rojo, lo cómodo que está sobre mi cama con sus músculos relajados, lo natural que le resulta estar a mi lado con su tono de voz tranquilo, suave, algo profundo.

«Lo esencial es invisible a los ojos», escribió Antoine de Saint-Exupéry en *El Principito*. Y cuánta razón tuvo, tiene y tendrá siempre.

—Estoy pensando en que, si tardamos un minuto más en poner la peli, Nicolas Cage también se echará a llorar.

Sin más, me levanto e introduzco el VHS en la ranura del reproductor de mi tele. Regreso al lado de Teo, que ha construido una fortificación de cojines a la velocidad del rayo. Me recuesto intentando no tirarlos y alzo el mando.

—¿Le doy al *play*?

24 —Si no tienes nada más que contarme. —La voz de Teo sigue sonando bajita y está tan pegado a mí que su aliento me arremolina los mechones sobre la oreja.

Ignoro el doble escalofrío. El bueno, que viene con su cercanía. Y el malo, que viene con mi silencio.

Le doy al *play*.

Teo

Me despierto poco a poco hasta que veo la nariz de Nerea casi encima de la mía. Ahí espabilo de golpe y me echo hacia atrás de un salto. Lo único que me salva de no caerme de la cama como un auténtico idiota es el fuerte de cojines.

Joder, no sé qué me pasa con ella desde el verano pasado. Creo que fue culpa de aquella verbena en Cullera. No, de probar la sangría por primera vez. Debió derretirme el cerebro, porque mis antiguos colegas se fueron a sobar, Nerea y yo nos quedamos solos y... nada fue como antes. Su risa no solo me daba risa, también me hacía cosquillas. Saltábamos gritando: «¡Pero sus dos ojos negros se

me clavan como espadas!», aunque ya no me bastaba con hacerlo a un metro de distancia y me encorvaba para dejar nuestras caras a la misma altura. Y a nada de rozarse. Deseé con todas mis fuerzas que el resto de peña desapareciera para quedarnos completamente solos de verdad.

Empeoró (o mejoró, no sé) cuando me di cuenta de que ni siquiera me sorprendía. Me pareció el orden lógico de nuestra relación y, a la vez, sentí que me estaba saltando algunos pasos. Como si el destino me hubiese dado a elegir una carta y yo hubiera cogido su as bajo la manga antes de tiempo.

Pero ¿quién no querría estar con Nerea?

Soy un pringado.

Encima las cosas ahora son rotundamente diferentes al verano pasado, así que... nada. Cierro los ojos hasta que dejo de recordarla bailando y riéndose a escasísimos centímetros de mí. Después los abro para ver su ceño fruncido. Suele dormir así, imagino que por las pesadillas, y ojalá pudiera borrarlas de un chasquido. O pasándole un pulgar por esas arruguitas entre las cejas que parecen concentrar todo su dolor. Pero siempre me obligo a tener las manos quietas con ella. A metérmelas en los bolsillos por si acaso.

Salgo de la cama con cuidado de no despertarla y casi me toca hacer un salto mortal para no tropezarme con sus Adidas y la mochila llena de libros de texto. Creo que su habitación es simple (paredes blancas, pocos muebles, alguna planta) para darle espacio a su desorden: novelas y VHS acumulados caóticamente en el escritorio

y las estanterías; cámaras de varios tipos colgadas en la percha, o abandonadas sobre la cómoda junto a sus carretes; el uniforme del colegio hecho una bola cerca de la papelería... Me dan ganas de ordenarlo todo.

La miro una última vez. Su pelo todavía más naranja con el atardecer, su cuerpo encogido bajo el jersey gigante. Podría volver a su lado y esperar a que despertara. Podría preguntarle por qué calla tanto y qué es exactamente lo que me falta para que se atreva a contármelo, pero... me cuelo por el resquicio de la puerta abierta y me piro.

Desciendo los peldaños uno a uno con las Converse negras en una mano y agarrado a la barandilla con la otra. ¿Cuántas veces jugamos de pequeños a que esta escalera era el tramo más peligroso en la misión de robar los buñuelos recién hechos de Leire antes de la merienda? Incontables. Igual que las leches que nos metimos en los intentos. Sonrío, porque quiero que Nerea vuelva a ser así de feliz, pero no sé cómo conseguirlo.

A punto de abrir la puerta principal, el parqué cruje bajo mis pies. «Mierda», pienso, y eso que tenía planeado ponerme las zapatillas fuera para no molestar, aunque los vecinos sean unos cotillas.

Leire se asoma enseguida por el hueco del salón y me pregunta:

—¿Ya te vas, Teo?

—La siesta se me ha ido de las manos y tengo los deberes de Mates por hacer.

—¿Nerea sigue dormida?

—Sí.

—Bien. Gracias por venir.

—Hasta mañana.

Le sonrío como siempre hago frente a Nerea para que pueda reconocirme. Ya ni siquiera es por costumbre, sino porque se ha convertido en mi sonrisa favorita.

Leire asiente y alza una mano para despedirse antes de regresar al salón. Mientras vuelvo a girarme hacia la puerta, no puedo evitar mirar una vez más la carta sobre el aparador. Tengo el impulso de abrirla solo para descubrir cuáles son las emociones exactas de Nerea. Esas que se guarda tan al fondo que al final le hacen daño, por mucho derecho que tenga a no hablarme sobre ninguna.

Sé que no puedo hacer más que esperar y estar a su lado.

Lo sé, pero, cuando salgo, mi sonrisa desaparece.